



Alumnos y profesores dan vida a un programa de estudio científico-tecnológico que cumple su decimoséptima visita a la Universidad de Burgos. / VIRGINIA LÓPEZ

DESDE MÉXICO, CON AMOR

Alumnos del Instituto de Monterrey completan, un verano más, parte de su expediente en la UBU • El cariñoso esfuerzo de sus familias sirve de pasaporte e inmejorable motivación

SAMUEL GIL QUINTANA / BURGOS

El océano Atlántico se hizo pequeño bajo sus pies. Tan pequeño que, aunque desde arriba parecía un mar de dudas, no fue obstáculo para los 47 estudiantes que este año conforman la visita (y ya van 17) del Instituto Tecnológico de Monterrey (México) a la Universidad de Burgos. Durante las próximas 3 semanas, y acompañados por 4 de sus profesores, estos colegiales pertenecientes al campus de San Luis Potosí -uno de los 15 que dan vida al Instituto en todo el país- adelantarán dos asignaturas científico-tecnológicas de su expediente de Preparatoria (Bachillerato) en las aulas de la capital burgalesa, que actuará como marco de excepción.

Su juventud es casi tan atrevida como el arrojo del que se han valido para afrontar esta aventura. Y, al mismo tiempo, parece darles fuerzas: «Deseamos, con nuestro trabajo, limpiar esa reputación de flojos que muchas veces se le atribuye al pueblo mexicano. Y demostrar que no todos somos así; que queremos aprender y salir adelante con ganas y esfuerzo», reivindica José Mario, con una bravura impropia de los 17 años que aún le contemplan.

Y no solo eso, sino que, como apunta María José -un año más mayor que su compañero-, también se percatan del entorno «tan lindo» que les rodea. Al igual que el resto de sus *cuates*, ambos tienen claro el motivo por el que decidieron incorporarse a la iniciativa. «Se trata de una experiencia internacional en la que, además de entrar en contacto con otra cultura, se nos da la posibilidad de acreditar dos asignaturas. Convives con gente que no conocías, te das



Estudiantes de Prepa, como llaman al Bach en México, intercambian impresiones durante su recepción. / VALDIVIELSO

cuenta de cosas que no sabías y, por encima de todo, tu mente se abre hacia nuevos puntos de vista», relatan.

Por todo ello, se sienten privilegiados de poder formar parte de un enriquecimiento de tal calibre. «En nuestro país, esta oportunidad se le presenta a muy pocos alumnos. Debemos valorar, y mucho, todo lo que tenemos. Uno no se desplaza a Europa todos los días», sentencia José Mario.

EXPECTACIÓN. El rubor de sus mejillas eclipsa sus caras, señal inequívoca de la felicidad que les aporta el proyecto. «Se nos aveci-

na una etapa muy *padre*, y hasta nuestra marcha ansiamos asimilar enseñanzas y adquirir una sabiduría tanto académica como patrimonial que, más tarde, se nos permitirá demostrar», afirma María José, quien hace referencia a la cultura como perfecto complemento a la travesía que recién comienzan. Porque las aulas de la UBU no será lo único que pisen. Emplazamientos como el Camino de Santiago, la Catedral o los Yacimientos de Atapuerca se enfundarán el chaqué y pasarán a ser anfitriones de lujo para un grupo humano que no se conforma únicamente con la experiencia

personal. «Venís a trabajar, algo de lo que debéis mentalizaros. Pero también vais a vivir una experiencia cultural maravillosa», les advertía ayer con entusiasmo Elena Vicente, vicerrectora de Cooperación e Internacionalización de la Universidad de Burgos, al tiempo que recordaba el papel tan crucial que juegan sus familias en este proceso.

Cuando hablan de ellas, sus palabras emanan amor. «De momento, solo podemos darles las gracias. Son ellos quienes nos dejan continuar aprendiendo; quienes invierten en nuestra vida y en nuestra educación», concluyen.